

Presentación de los Sres. Segarra y Juliá

en la Velada del Teatro Arbeu

por el Excmo. Sr. D. José Porrúa

SEÑORAS,

SEÑORES:

Hace un año, poco más ó menos, encontré sobre la mesa de mi despacho un libro intitulado *Costa Rica*.

Lo leí, como leo cuanto impreso cae en mis manos, y durante unas horas conviví con sus autores, quienes por su juventud, su sinceridad, su audacia y cierta afinidad de aficiones erráticas, me inspiraron verdadera simpatía.

Terminada la lectura coloqué el libro en uno de los estantes de mi pequeña biblioteca, pensando que, salvo el caso improbable de un viaje á Costa Rica, no volvería á hojearlo, y me despedí de sus autores creyendo terminado para siempre nuestro casual y literario conocimiento.

Hace dos meses, próximamente, en vísperas de emprender un pequeño viaje, se me acercó en

el Casino un joven de corta estatura, color moreno, ojos vivos y penetrantes, que me dijo:

—Señor Porrua, mi compañero Segarra y yo visitaremos á usted á su regreso á la capital.

—¿Se llama usted Juliá?

—Sí, señor.

—Pues somos antiguos conocidos: he leído *Costa Rica...*

Y heme aquí presentándoos á aquellos autores de quienes me despedí para siempre. ¡Qué pequeño es el mundo, y cuán aventurado es el uso de los adverbios absolutos!...

¿Por qué soy yo y no otro cualquiera, seguramente más autorizado y más apto, el encargado de hacer su presentación?

No dejo de tener algunos títulos para desempeñar este honroso encargo, unos conocidos de Segarra y Juliá, otros desconocidos hasta este momento en que con petulancia de viejo voy á exhibirlos.

Son los conocidos, mi nacionalidad y mi profesión; son los desconocidos, que yo tengo algo de valenciano y que algunos servicios he prestado á la Perla del Turia.

En efecto, recibí mi bautismo literario é hice mis primeros exámenes—los de ingreso en el Bachillerato—en Valencia, el año 1863, como alumno interno del antiguo *Seminario de Nobles, Real Colegio de San Pablo* después, luego *Insti-*

tuto Provincial de Segunda Enseñanza y hoy *Instituto General y Técnico*; y andando el tiempo, allá por los años 1888-89 y 90, como apoderado general del Marqués de Campo y gerente de su casa, intervine activamente en la vida económica de Valencia, por hallarme al frente de negociaciones tan importantes como la explotación de los Ferrocarriles de Almansa á Valencia y Tarra-gona, la construcción del Ferrocarril de Carcagente á Denia y las fábricas de Gas y de Electricidad.

Y he aquí como, aun siendo el más incompetente y el menos autorizado de cuantos oradores pudieran servir á Segarra y Juliá para presentarlos esta noche al culto y amabilísimo público mejicano, he aceptado sin reservas su elección, pensando que es natural que un periodista español ligado á Valencia por vínculos de cariño, sirva de introductor á dos periodistas españoles nacidos en la poética ciudad de los jardines: rica presea arrancada á la dominación de los hijos del Profeta, primero, por el invicto castellano Don Rodrigo Díaz de Vivar, y después por el invencible aragonés Don Jaime el Conquistador, sin que los horrores de dos conquistas medioevales, ni las persecuciones despiadadas del arzobispo Ribera hayan conseguido borrar los rastros de la civilización y de las costumbres árabes que resurgen á cada paso que se

da por aquella feracísima y bien cultivada huerta, en sus enjabelgadas barracas, en los blancos y amplios zaragüelles de los campesinos ágiles y nerviosos, y en los ojos soñadores y en la tez nacarada de las apasionadas y hermosísimas huertanas.

Segarra y Juliá, eran, hace diez años, dos alumnos de las Escuelas de Artesanos de Valencia, de modesta cuna y de escasos recursos; levantisco y alborotado el uno, prudente y sosegado el otro, y que, tal vez por la diferencia de carácter y seguramente por la igualdad de aspiraciones, congeniaron perfectamente.

En una de sus conversaciones de muchachos, convinieron en que no hay nada tan atractivo y tan conveniente como los viajes, porque cada página del gran libro de la Naturaleza vale por muchos libros de texto, y decidieron ver mundo.

Es verdad que para viajar la única cosa casi indispensable es el dinero, y que el dinero era la única cosa de que casi carecían. Pero, ¿qué vale este pequeño obstáculo para dos compatriotas del alcance de Móstoles y del presidente del cantón de Cartagena, que casi sin soldados y sin armas declararon la guerra, el uno, al gran Napoleón, al vencedor de Jena y de Austerlitz, y el otro al poderoso emperador de Alemania, al triunfador de Sadowa y de Sedán?...

Nuestros dos estudiantes no pudieron com-

prar billetes de ferrocarril ni pasaje en los vapores; pero, ¿para qué sirven los pies?... Con unas cuantas pesetas, pocas, de fijo menos de las que puede abarcar una mano pequeña, y con el equipaje correspondiente á sus medios de transporte, emprendieron su valiente odisea, jurando no exhibirse jamás como bichos raros, ni pedir, ni aceptar moneda que no fuera ganada honradamente con su trabajo.

Y con estos datos, señores, es problema de fácil solución calcular cuánto polvo habrán absorbido sus pulmones, cuánto sol habrá tostado sus rostros, cuánta lluvia habrá calado sus cuerpos, cuánto frío habrá aterido sus miembros, cuántas necesidades habrán devorado en silencio, sobre qué colchones tan mullidos y en qué alcobas tan lujosas habrán descansado sus huesos en los cinco años que duró la primera parte de su aventurado viaje, terminado triste y dolorosamente en una cama del Hospital de Marsella, donde uno de ellos, Segarra, tuvo que curarse la fractura de una pierna; accidente que puso en grave riesgo su vida y que desbarató, aunque sólo temporalmente, los planes y proyectos de la simpática pareja.

La Provenza y el Languedoc fueron el primer campo de operaciones de Segarra y Juliá.

Esos países colonizados por poblaciones oriundas de las históricas playas del Asia Me-

nor, de la Hélade y del Lacio, como la región valenciana; esos países en los que se cultivan los árboles predilectos de los griegos, la higuera y el olivo, como en Valencia; esos países en los que se condimentan los manjares con ajo y se guisa con aceite, como en Valencia; esos países que, como Valencia, perpetúan aquel tipo humano, seco y moreno, robusto y ágil que llenaba con sus clamores irritados ó alegres las agoras de Efeso y de Atenas, el gran Foro de Roma y el Campo de Marte.

Recorrieron después Italia, la Meca de los latinos, la patria del arte, y visitaron Milán con su incomparable *Duomo*, Florencia la ciudad de los museos, Nápoles con su golfo maravilloso, Pompeya el pueblo desenterrado, y Venecia la de los encantados canales... Y allí saturaron su alma y sus sentidos de ese helenismo que flota en el aire, perdura en la tierra é informa la vida toda de esa extensa zona mediterránea que empieza en la Magna Grecia y acaba en las columnas de Hércules; región bendita en la que el azul del cielo rivaliza con el azul del mar, en donde la atmósfera trasciende á azahares, en la que el suelo pródigo enriquece á los pueblos, y á la que los músicos, pintores y poetas han sepultado en montones de gloria que alcanzan hasta el cielo y establecen fácil camino para que la inspiración divina alumbre la conciencia

de sus hombres y la belleza angélica encarne en el cuerpo y en el rostro de sus mujeres.

A París luego, á la antigua Lutecia, á recibir la confirmación que en aquellos bulevares busca todo lo que es grande, todo lo que es original, todo lo que por cualquier concepto se distingue.

El aplauso de aquel pueblo, tan deseado por los intelectuales, debió compensar muchos dolores, muchas contrariedades, muchas privaciones de cinco años de constante peregrinación.

Recuerdo un detalle de la vida trashumante de Segarra y Juliá, cogido al vuelo en agradable conversación sostenida días atrás en su alojamiento.

Algún amigo aconsejóles que dieran conferencias, asegurándoles que obtendrían en ellas mayor resultado económico que de sus labores periodísticas. Aunque la empresa de dar una conferencia en italiano era de mayor cuantía, Segarra—que es el vocero de la razón social—se decidió á tentar la aventura en un pequeño pueblo, pensando que un público de campesinos sería más benévolo que un público de ciudadanos; y dicho y hecho: después de convencer al cura del lugar de que no haría ni diría nada contrario al dogma ni que pudiera profanar la santa casa de Dios, consiguió su permiso para dar una conferencia en la iglesia, que era el único local espacioso que había en el pueblo. La aventura

tuvo buen éxito, y la entrada produjo la fabulosa (!!!) suma de setenta y tantas liras... que, temiendo ponerse en camino con semejante tesoro en el bolsillo, pensaron depositar en un Banco, ¡asegurando así, con los intereses, el desayuno de uno de los 365 días que tiene el año!...

Peregrinos y andarines hubo siempre. Los unos, animados por la fe, cruzan largas distancias mendigando en cumplimiento de un voto ó de una penitencia, siendo siempre el objetivo de su viaje un templo, un sepulcro, un lugar consagrado por la religión; los otros, industriales de la andadura, ya por apuesta, ya por buscarse la vida, caminan exhibiéndose en clase de fenómenos en las poblaciones del tránsito, sin más finalidad que el pan de cada día. Segarra y Juliá, si han cabalgado en el caballito de San Francisco, no ha sido por humilde penitencia ó por vulgar explotación, sino porque ese era el único corcel que tenían en sus caballerizas...

Con almas de artistas y convenientemente preparados por el estudio, observan cuanto cae dentro del campo visual y del radio de acción de su inteligencia. Admiran la belleza, estudian las costumbres, escudriñan las instituciones, investigan la industria, calculan la riqueza, y ávidos del roce con los hombres que son gloria de nuestro tiempo, entrevistan á cuantos viven en las ciudades que visitan y les arrancan un destello de

su mentalidad y lo consignan en cuatro gruesos volúmenes que son, á la vez que testimonio fehaciente de sus paseos por el globo, la más curiosa, la más interesante y la más completa colección de autógrafos, de dibujos, de acuarelas y de notas musicales que he hojeado en toda mi vida. El *Libro de Oro*, de Segarra y Juliá, tal vez sea único, porque cada una de sus firmas supone algunas leguas de incómoda caminata y muchas y penosas privaciones.

De regreso en Valencia para gozar de unas vacaciones bien ganadas, pronto sintieron la nostalgia de su vida aventurera.

Se fatigaron de ver todos los días el mismo paisaje, conversar con las mismas personas, comer en mesa con manteles y dormir en cama con colchones.

Acostumbrados á una existencia dura pero accidentada, y por lo tanto interesante, les aburrió y llenó de tedio la monotonía de la existencia ordinaria y corriente.

Su paladar, hecho á manjares fuertes y variados, no pudo tolerar mucho tiempo la comida sosa y desesperadamente igual de la vida provinciana.

El hábito de mirar frente á frente los grandes problemas humanos, sin egoísmos de partido ni exclusivismos de secta, y de mantener su espíritu en las altas y serenas regiones de los más

puros y sanos ideales, les inspiró desvío y repugnancia ante las pequeñas y miserables intriguillas de la política menuda y de las cábalas mezquinas de ambiciones bastardas y de bajo vuelo.

Y, con más equipaje que la pasada vez y en la cámara de un trasatlántico, cruzaron el mar con el propósito de visitar esta América latina, bella cautiva de la ignorancia y á la que Atlante guardaba celosamente en sus ondas fieras, más difíciles de vencer que los muros de granito y los cerrojos de hierro, hasta que nuestros antepasados, desfacedores de entuertos como don Quijote y como D. Quijote burladores de mágicos cancerberos, se apoderaron de ella para iniciarla en la vida de la civilización y para despojarla con la santa Libertad.

Ya han recorrido Cuba y algunas repúblicas de Centro-América, siendo fruto de esta segunda serie de sus viajes, además del inmenso bagaje de correspondencias y de estudios discretísimos de los que dentro de pocos minutos vais á saborear gallardas muestras, dos libros: *Cuba* y *Costa Rica*, que prueban que Segarra y Juliá son ya, más que lisonjera esperanza, fecunda realidad para las letras españolas.

En estos dos bien escritos libros, no pretenden descubrir los territorios que describen, ni las sociedades que fotografían con rara fidelidad. No

aburren al lector con esos farragos de datos y de cifras que sólo prueban la paciencia del que quiere reunirlos, sino que, apoderándose de los rasgos más salientes, trazan con su pluma cuadros llenos de vida que estimulan su lectura y dejan una impresión exacta y bella de paisajes y de costumbres, del cuerpo y del alma, de la materia y del espíritu de todo aquello que se refleja en la cámara obscura de sus privilegiados cerebros, sin que falte en ellos la nota dramática, modestamente expuesta, y de la que puede servir como modelo el paso de la cordillera de Talamanca (Costa Rica) temerariamente emprendido y milagrosamente realizado por Juliá, sin más razón que demostrar que los españoles de hoy son tan animosos como los de los tiempos de la Conquista, cosa puesta en duda por un personaje costarricense, más por broma cariñosa que como acicate de una excursión con billete directo para el otro mundo.

Esta parte de los viajes de Segarra y Juliá es la que á mi juicio tiene verdadera importancia, quizás porque se me parece mucho á una empresa que halagó mi imaginación antes de contraer la dolorosa enfermedad que aun hoy, me tiene incapacitado para realizar cosa que exija esfuerzo físico por pequeño que sea.

Veo en mis compatriotas una guerrilla destacada de la juventud intelectual española para es-

trechar vínculos que por fortuna existen y para alentar á la intelectualidad latino-americana en una lucha que se ha de desarrollar en este continente, porque en el antiguo somos los latinos bastante fuertes, las diferencias que nos separan son menos irreductibles que las que dividen á nuestros rivales, y estamos en presencia los unos y los otros de un tercer elemento étnico, el eslavo, que, inclinándose del lado del más débil, hará siempre imposible su absorción por el más fuerte, circunstancias que son garantía de todos y que desgraciadamente no se repiten á este lado del Atlántico.

Claro es y evidente que me refiero á la lucha entre las llamadas razas sajona y latina. No á la lucha material y armada que cada día es más improbable, sino á la lucha espiritual, cuya meta es el predominio en el mundo de las ideas y la absorción de la una por la otra, lucha ya entablada y que únicamente dejan de ver los que necesaria ó voluntariamente cierran los ojos por ignorancia ó por desidia; lucha que es conveniente, después de todo, porque sirve de estímulo poderoso para el progreso, pero que no debe terminar por la desaparición de una de las fuerzas combatientes, sino por la fusión de ambas en un tipo superior humano que sume ó multiplique las virtudes que á cada una caracterizan y distinguen.

Desear lo contrario, equivaldría al deseo de negar toda la obra de la civilización, que no ha empleado un número de siglos (que nuestra raquítica imaginación no alcanza) en un proceso de diferenciación del primitivo tipo humano, para borrar todo lo hecho en este sentido dando por término al proceso de integración, ya comenzado á mi juicio, la absorción de todos los subtipos por un solo tipo predominante.

Yo creo que en el estado actual de los conocimientos humanos hay que admitir el monogenismo, esto es, la procedencia de todos los seres humanos de una sola pareja ó de un solo elemento. En efecto, si para los creyentes es dogma que de Adán y Eva descendemos todos, para los que han mordido el fruto del árbol de la ciencia, para los que han tenido la desgracia de perder la fe, no hay más doctrina que la de la evolución de la materia cósmica, del protoplasma, siendo evidente que en uno y en otro caso queda mal parada la teoría de las razas, pues las diferencias que se observan entre los seres humanos sólo pueden ser debidas á las influencias del medio ambiente, y por influencias del medio ambiente pueden también ser reducidas. Y esto que nos dice la razón lo confirma la historia, porque, admitiendo la teoría de las razas, tendremos que admitir que los latinos somos arios, que, procedentes de una de las más antiguas emigraciones del pueblo-padre,

nos repartimos por Europa, y que arios son los sajones llegados algo más tarde á la vida de la civilización, y los cuales hoy, á los dos mil años de extinto el imperio romano, lo reproducen en el imperio inglés, y que arios son los eslavos que llegaron todavía más tarde á aquel continente que por decretos superiores á la razón humana ha sido hasta hace pocos años el único escenario de la cultura y del progreso.

Pero como la lucha existe y es condición necesaria para el adelanto de los pueblos y de las sociedades, luchemos con fe y con entusiasmo, no para absorber, sino para no ser absorbidos, no para dominar, sino para no ser dominados, no para vencer, sino para no ser vencidos; que el alma que encarnada en el pueblo griego llegó en sus manifestaciones estéticas á crear tipos de belleza que son todavía el ideal que siguen y persiguen los artistas contemporáneos nuestros; que encarnada en el pueblo romano produjo un cuerpo de derecho no superado en nuestros días y que es para los jurisconsultos el arca santa de las leyes; que encarnada en el pueblo francés difundió por el mundo entero los *Derechos del Hombre*; que encarnada en el pueblo español dió la última y definitiva batalla de la civilización aria contra la civilización semítica y descubrió para aquélla el vasto y rico continente americano, no puede ser dominada, ni absorbida, ni vencida.

A las jóvenes repúblicas latino-americanas toca escribir la palabra final en esta brillante hoja de servicios prestados á la Humanidad, y á jóvenes como Segarra y Juliá cumple bien servir de lazo de unión entre su juventud intelectual.

Esto es cuanto puedo deciros de Segarra y Juliá.

Y cumplido el honroso encargo de presentároslos, les cedo el campo sin recomendarlos á vuestra benevolencia, no sólo porque por propia experiencia sé que es inagotable, sino porque ellos se recomiendan por sus obras, juicio que no tardaréis en confirmar con vuestros aplausos.

Discurso

del señor Lic. D. Francisco M. de Olaguibel

SEÑORAS Y SEÑORES:

La velada que os habéis dignado honrar con vuestra presencia, y que un grupo de hombres cultos organizó para dar aplauso y estímulo á los Sres. Segarra y Juliá, es, ante todo, una demostración palpable de cómo el talento sabe esconder los más atractivos encantos bajo los más severos pronósticos, convirtiendo el acto académico, acompasado y seco, en derroche de gracia amena y sugestiva, y regando claveles valencianos y sal de Andalucía sobre la toga misma de la conferencia.

Porque debemos confesar que la palabra asusta.

Decir «conferencia», es pensar en el catedrático docto, en el dómine austero que, manuscrito en ristre, deja caer de sus discretos labios hon-

dos apotegmas, sublimes máximas y sapientes aforismos, en una arenga tersa, incolora, clásica; es acordarse—con cierto calofrío de miedo—del terrible pedante, ahíto de sabiduría é inflado de suficiencia, sirviendo á la pasividad mohina de un público que bosteza, un discurso aderezado con el aceite rancio de su lámpara de erudito; es presentir la narración trivial y presurosa, como película cinematográfica, de uno de tantos infatigables corre-caminos que profanan los más hermosos espectáculos del globo y mancillan las más nobles manifestaciones del arte, con su vulgar curiosidad, su admiración obligada, su ruín criterio y su mercantilismo llevado hasta lo odioso.

Nada de eso ha habido aquí, por fortuna. A Dios gracias, no ha existido tal conferencia; porque no podemos dar ese nombre huraño y áspero á la deliciosa plática que hemos escuchado, con atención perezosa, primero, con interés visible, luego, y con positivo embeleso, al último.

Segarra y Juliá han vaciado ante nosotros su alforja de peregrinos, y nos han mostrado una parte, pequeñísima, de su tesoro de bohemios; una bronceína medalla, troquelada con el perfil vigoroso de un sabio; la deliciosa figulina que con manos piadosas exhumaron de la ciudad amortajada por las cenizas del Vesubio; el bosquejo colorido de una entrevista con el primero

de los compositores sagrados de estos tiempos; y una ánfora esbelta, desbordante de miel siracusana, encontrada en la isla abrupta y risueña que oyó las canciones de Teócrito, y que emerge como una flor de lava, sobre las hondas rumorosas del mar latino que en el verso de Heredia se lamenta aún, llorando á las Sirenas.

Y esta ingénua exhibición de primores, acompañada por una palabra fresca, lozana, fragante, por una frase exacta y precisa, en un estilo claro y pintoresco; río que corre cantando, y que, diáfano ó espumeante, manso ó bullicioso, incorrecto á veces, pero siempre atractivo, copia el ensueño unánime de este par de muchachos enamorados de lo bello, que aman la vida porque la vida es buena, y cuyo espíritu amplio y fraterno es un cielo fastuosamente constelado por los diamantes siderales del recuerdo ó empolvado por la aurora divina de la eterna ilusión.

No extraña, pues, la simpatía provocada por un relato que, además de ser un alarde literario de buena cepa, acusa un esfuerzo inquebrantable y digno de elogio, un esfuerzo que sería inútil buscar en la insubstancial caravana que hace del más grosero materialismo la brújula de sus correrías, orientadas invariablemente hacia los modernos emporios de la sensualidad, con un evidente—y por otra parte inofensivo—desprecio hacia los santos lugares del Arte, consagrados

por las luminosas apariciones del Genio, que los ha marcado con el sello definitivo de su fuerza creadora.

Ya sabemos que la excursión mundial de nuestros valencianos no ofrecerá nada interesante á quienes satisfacen en otra forma sus anhelos errantes, y se sienten felices—felices como un musulmán en la Meca—cuando logran desplomar sus fáciles admiraciones á los pies de cualquiera estrella pecadora, en una taberna de Montmartre; pero los que, con miras más altas é ideales más puros sigan la odisea de estos dos Ulises periodistas, no podrán menos de admirar la constancia y la entereza con que han tapado sus oídos á todas las perfidias de la seducción, rehusándose á gustar la flor de loto que da el triste olvido de la dignidad humana, y desafiado las artes mágicas de la inmortal Circé, voluptuosa y fatal encantadora, que trueca en pira de cerdos á quienes por indiferencia ó egoísmo no saben cumplir valientemente su deber en la labor magna del progreso y la solidaridad universal.

No son de éstos, por cierto, Segarra y Juliá.

Desoir las querellas íntimas que retienen en el hogar bendito, que atan al terruño abonado con los huesos de los antepasados; que vibran en la voz venerable del padre anciano, en el acento acariciador de la madre santa, en la canción de promesas de la amada; lanzarse á la ven-

tura, pobres de dinero, pero millonarios de esperanzas; ir, por el sufrimiento y el sacrificio, al estudio y á la ilustración, ostentando como sola fuerza su juventud, y como único orgullo su nacionalidad; tal ha sido lo llevado á cabo por estos valientes, que comprendiendo, con Danton, que la patria no se lleva en las suelas de los zapatos, la traen consigo, en lo más oculto, en lo más blanco, en lo más inviolado de su fe.

Así está con ellos—¿no lo sentís acaso?—el encanto de la huerta valenciana, el ardor de los cármes andaluces, el tesón de las provincias vascas, la energía laboriosa de la región catalana, la altivez legendaria de Castilla, la sencillez bucólica de Asturias, la hidalguía rústica de Aragón y la nobleza patriarcal de la sencillez gallega y extremeña.

Porque todas estas cualidades caben y pueden hallarse en la empresa acometida con bríos y continuada sin desmayos por Segarra y Juliá, en su labor de voluntad y de ensueño, obra de acero y de oro, como las joyas de Eibar, como el alma heroica y poética de la vieja y gloriosa España.

No; no miremos con mirada frívola este viaje, que no se ha hecho al margen del *Baedecker*, bajo la tutela de un cicerone y con la molicie de una jira elegante. Pensemos que todavía hay hombres de temple, á quienes no arredran las fa-

tigas de la marcha difícil, las amenazas de la escasez trashumante, los peligros de la ausencia indefinida. Meditemos que aun existen jóvenes que prefieren la abnegación ignorada al vicio estuendoso, y el trabajo agobiador al ocio fácil. Detengámonos á considerar que todavía se encuentran modestos obreros de la concordia, que se convierten en propagandistas de su país, con la palabra, repitiendo en tierra extraña sus alabanzas, y con el ejemplo, patentizando las energías que es capaz de producir. Y sintámonos halagados, en esta época en que los advenedizos de ayer pretenden con su improvisado prestigio ofuscar las glorias que no cupieron en un mundo, reflexionando que estos obreros, que estos jóvenes, que estos hombres, son renuevos del añoso tronco hispano, nutrido con la robusta savia latina; y confesemos que en estas almas modestas se reflejan las almas épicas de los férreos aventureros de otras edades, porque lo inmensamente grande cabe en lo infinitamente pequeño, como caben en la humilde gota de rocío todos los esplendores del iris y en el obscuro caracol marino todos los sonoros tumbos del soberbio océano...

Es el espíritu español el que alienta en ellos, no lo dudéis.

Y yo bien sé que hablar de esto es hacer una grandiosa evocación y resucitar los gestos imperecederos de una historia única.

Decimos, *el espíritu español*,... y como á un conjuro, se alza en las quebradas de los montes asturianos la bizarría de Pelayo, prorrumpiendo en un grito de coraje que ocho siglos más tarde suena como un eco de triunfo, en la vega granadina regada por el llanto de Boabdil, y sopla un viento de muerte que abate los estandartes del Profeta en esa prodigiosa lucha secular de la Reconquista...

Decimos, *el espíritu español*,... y pasa el Cid victorioso, descargando la formidable *Tizona*, saludado por las mil robustas lenguas del romance popular, y se levanta la insignia de Cristo en los contrafuertes de Sierra Morena, en las Navas de Tolosa; y brilla el puñal bárbaramente heroico de Guzmán el Bueno en las murallas de Tarifa, y el acero de Alfonso XI en la batalla del Salado...

Decimos, *el espíritu español*,... y pensamos en las joyas de Isabel la Católica y en las carabelas de Colón; en la cruz de las espadas de Cortés y de Pizarro, y en la cruz de los evangélicos brazos abiertos de Fray Bartolomé de las Casas; y cerca del creyente que combate por la religión en Argel, vemos al comunero que cae por la libertad en Villalar; y es el mismo impulso el que lanza á las infanterías españolas en Pavia y empuja las naves católicas en Lepanto; y es el mismo el heroísmo que destaca la figura mutilada de

Churruca sobre la tragedia naval de Trafalgar y el que chorrea sangre y gloria en el despertar insigne del 2 de Mayo, esa estupenda epopeya en que, según la feliz frase del poeta, iban

...roncas las mujeres
empujando los cañones.

¿Habrá, acaso, quien me diga que es una fantasía retrospectiva lo que estoy haciendo?, ¿que ese pasado de esplendor ha muerto y que Lázaro sólo resucita en la leyenda bíblica?

¡Perfectamente!

Olvidemos todo eso... Olvidad al Gran Capitán y á D. Juan de Austria; borrad de vuestra memoria los nombres de Cervantes y de Lope; derribad el teatro de Calderón y de Tirso; desgarrad las páginas del *Quijote*; haced una hoguera, y que en ella ardan las vírgenes sonrientes de Murillo, los santos extáticos de Ribera y las diabólicas fantasías de Goya; arrancad á la corona del ingenio humano esas hojas que se llaman Fray Luis de León, Argensola y Moratín; ahogad la voz de Castelar y destrozad la lira de Núñez de Arce; suprimid del recuerdo y del mapa á España... ¿Qué habréis hecho?

¡Nada!...

¡Nada!... Porque mientras en la América latina aliente un sentimiento de nobleza en los pechos y vibre una palabra de verdad en los labios,

mientras el reconocimiento no sea una deformidad y la injusticia una virtud, habrá que respetar á la cuna de nuestros abuelos, ó tendremos que renegar de la historia, y para maldecir á España, aprender otra lengua que no sea la española...

Y esto, ¿esto no será!

Me lo dicen los aplausos generosos que habéis prodigado, no al orador humilde, sino á la soberana aparición...

Y puesto que hemos de honrar á nuestros huéspedes—porque, como decían los griegos, los huéspedes vienen de los Dioses,—permitidme que les ofrezca, no elogios vanos para ellos, sino palabras de amor y de justicia para su noble país; y nada será más grato para los desterrados voluntarios que sólo en sueños pueden besar el polvo bendito del suelo nativo y respirar el aire de la patria, más amada cuanto más lejana, de la patria que es una, augusta é inmortal.